

Negros por partida doble

Víctor Manuel Domínguez García
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Las personas de la raza negra nacidas en el oriente de Cuba son negros por partida doble. Así son percibidos, quiero aclarar.

Primero, porque según el imaginario de muchas autoridades y ciudadanos capitalinos los negros oriundos de esa región viven en condiciones económicas, sociales y culturales tan precarias, que parecen aún habitar en los barracones. Esto es lo que podríamos llamar el negro social: aquel que por sus condiciones de vida se le ve con una tez algo más oscura.

Segundo, por causa de los supuestos hábitos de robar, emborracharse, reñir, no saber expresarse y ser mal agradecidos, que han heredado en su doble condición de negros y orientales. Lo que denominaríamos el negro marginal: aquel que es negro porque actúa en los márgenes del orden social imperante.

Pero estas consideraciones no se corresponden con la realidad. En aquella zona sobran ejemplos de capacidad y honradez entre quienes, aun siendo víctimas del fatalismo geográfico y del color de su piel, sobresalen en las más altas y diversas esferas intelectuales y manuales del país.

No ocurre así en la esfera política. Las razones son por todos conocidas: la imposibilidad o el limitado acceso (a nivel nacional) para ocupar altos cargos directivos o de poder, como lo demuestra la composición del gobierno cubano a lo largo de cincuenta años. Allí, a pesar de la composición «etnográfica», no hay representatividad proporcional.

Pero no es el elogio gratuito ni la defensa a ultranza de casos individuales la razón de este trabajo, sino los orígenes, el desarrollo y el con-

texto en que se desenvuelven las personas de color en el oriente del país.

Descendientes de forma significativa de la emigración haitiana, que se asentó en las zonas cafetaleras de Guantánamo en los inicios del siglo XIX, así como del flujo de jamaiquinos, que en los albores del XX comenzaron a laborar en plantaciones de cañas en bateyes de San Germán (Holguín), Bartolomé Masó (Granma), San Luis (Santiago de Cuba) y Jobabo y Manatí (Las Tunas), las personas de la raza negra no son víctimas en esa región, obligado es decirlo, de las expresiones racistas que sufren en la capital.

Portadores de una identidad raigal que fundió sus costumbres con los nativos de la región guantanamera, los haitianos lograron insertarse, desde los inicios, al nacimiento, desarrollo y consolidación de la nacionalidad cubana. Apellidos como Duffaux, Rigondeaux, Lescayllers, Bhartelemí, entre otros, así como tradiciones culturales del nivel de la tumba francesa o el ritmo de El Nengón, y las peculiaridades culinarias de Haití se unieron en esa región a las costumbres de identidad de sus pobladores autóctonos o descendientes de africanos, para conformar un crisol de nacionalidades que, por su origen o el componente mayoritario negro, no concibe la discriminación racial en los niveles fundamentales de la sociedad.

Eso sí, una cosa es la inexistencia de expresiones racistas manifiestas entre los pobladores de la zona oriental (salvo en el municipio de Holguín) y otra el tratamiento discriminatorio que reciben en cuanto a oportunidades en los diversos sectores de la sociedad. Las superrestruc-

turas insisten en blanquear. Sólo un tres por ciento de santiagueros y guantanameros negros desempeñan funciones de responsabilidad en sectores emergentes como el turismo, pese a constituir mayoría demográfica.

Sin embargo, y pese a estas muestras de racismo, los negros de ambas provincias son enviados en contingentes de trabajo a la capital, una de las pocas ocasiones que tienen para no ser devueltos como ilegales, desde la capital de todos los cubanos, a sus lugares de origen. Un racismo de exportación que no creo sea común a muchas sociedades.

Los contingentes José Luis Tassende, Desembarco del Granma, y otros vinculados al sector de la construcción han realizado y realizan obras consideradas de choque por el aparato ideológico de la revolución. En ellos se destacan los negros *embarraconados*.

Policlínicos y círculos infantiles, obras de la denominada Batalla de Ideas, hospitales, hoteles para el turismo extranjero... Todo esto se erige con el sudor de los trabajadores de la raza negra traídos desde la zona oriental. Durante su permanencia en la capital, además de bajos salarios, arrostran dificultades con la alimentación y el transporte, en condiciones infráhumanas de albergue, por lo que al poco tiempo desisten de su vínculo laboral. Aquí y entonces comienzan a sentir el racismo desde abajo.

Mientras permanecen en la capital, su vida social se hace imposible y se limita a las áreas de las obras donde laboran. Sin poder asistir a un círculo social obrero, bajo el peligro de ser interceptados a cada paso por un agente de la policía, que les exige mostrar el carné de identidad, explicar causas por las que se encuentra en la capital y hacer aclaraciones que pueden conducirlo a un calabozo, las personas de la raza negra integradas a un contingente suelen resultar indeseables en La Habana, aunque estén allí para trabajar.

Expresiones como «es negro y oriental» o «después de negro; guajiro» constituyen el *sumum* peyorativo racial que impera no sólo

entre los blancos de la capital, sino también entre los capitalinos de la raza negra, quienes se sienten superiores en porte y aspecto, posibilidades económicas y desenvolvimiento intelectual, aunque jamás hayan trabajado y apenas sepan leer y escribir. Un intraracismo que se origina en la localización geográfica.

Así que, es mi tesis, los prejuicios raciales que corroen a la sociedad cubana no son causados tanto por los siglos de esclavitud, discriminación y otros males, sino por la diferenciación social y laboral que se establece a partir de la limitación del negro al desarrollo pleno en igualdad de posibilidades.

La discriminación por negro y el prejuicio por oriental se funden en los adoquines de La Habana Vieja, en los placeres desbordados de basuras de Centro Habana o en las bien trazadas vías con cuidada jardinería de la Quinta Avenida (Miramar). Ser negro y oriental en la capital de todos los cubanos, es ser negro por partida doble y reproduce el esquema desarrollado por la mentalidad criolla de finales del siglo XIX y principios del siglo XX: traer braceros de Haití o de Jamaica para trabajar en las plantaciones después de la abolición de la esclavitud dos décadas antes.

Ahora, muchos de sus vástagos son traídos a la capital para ser empleados en aquellas labores emergentes o crónicas que los capitalinos no quieren realizar. Y del mismo modo que sus antepasados, son controlados y desechados, una vez que comienzan a «perturbar» el orden en la ciudad con sus «costumbres» incomprensidas. El uso del término palestinos para calificar a personas que se consideran extrañas, refleja ese racismo por partida doble y, de paso, el desprecio contra quienes no reflejan «nuestra» cultura occidental.

En la Cuba revolucionaria no hay racismo, señalan defensores y detractores, sino prejuicio racial, que se acumula y estalla en cada esquina del país. Más aún si la persona, al «erróneo» color de su piel, suma el estigma de proceder del oriente del país.